Año 1953
30 Mayo

61

51

CORONACION

DESDE Londres: Joaquín CALVO SOTELO

CARTA a mi SECRETARIA

Esto es algo muy hondo y muy solemne

Mi querida amiga: Le debo a usted una explicación. Cuando mas arreciaba el trabajo sobre mi mesa de despacho, y usted la veía inundarse de mil diversos asuntos, unos gratos y otros no, yo he aparecido un buen día, de pronto, ante usted, y le he dicho que me marchaba a Londres. Usted me ha mirado, un poco absorta, con cierto aire de reproche, como si viese en mi actitud una deserción. «¿Y lo de Fulano...?», se ha limitado a preguntarme. «¿Y lo de Zutano?». Y me ha hecho un índice sucinto de las cosas que esperaban, con urgencia, ser resueltas. «Al regreso, al regreso...», le he contestado yo, huidizamente... Sin embargo usted sabía que a mí no se me había perdido nada en Londres. Yo voy a explicarle a usted, ahora que estoy a punto de llegar, cuáles han sido los motivos que me han empujado a subirme al coche y a remontar, mapa arriba, los muchos kilómetros de carretera que me separan de Le Touquet, a embarcar en uno de los 36 aviones que hacen servicio diariamente al aeródromo —británico, de Lympne— y a tomar tierra, en fin, sobre suelo inglés, después de veinte minutos de vuelo, en un estado de espíritu un poco infantil y hasta un poco «isidro», como creo yo que va bien al perfecto turista. La razón de mi viaje ha sido ésta: algunos amigos míos iban también a Londres en estos días. A mí, ha empezado a darme miedo que me lo contasen a la vuelta. Para evitar que me lo contasen, he preferido verlo yo por mi mismo.

Creo que usted conoce ya aquella historia del que ruega a un transeunte desocupado que le ayude a meter un caballo en el cuarto de baño de un hotelito de las afueras, a lo que el transeunte, gentilmente, accede. Ya el caballo en la bañera, el caballero saca una pistola y descerraja dos tiros al inocente animal. «Y, ¿por qué?», le interroga el transeunte, atónito. Y le explica el caballero: «Esta es la residencia de mi colega Alejandro Núñez. Todas las mañanas me tortura con la misma pregunta: «¿A qué no sabes lo que me sucedió ayer...?». Y me enjareta un cuento inverosímil. Cuando mañana me lo repita, yo le replicaré: «Sí, lo sé; te encontraste un caballo muerto en el cuarto de baño».

ALGO MUY HONDO Y SOLEMNE

He venido a Londres a ver caballos muertos en los cuartos de baño. A verlos, al mismo tiempo que los demás y de una vez para siempre. He venido, también, a colocarme en disposición de cotejar con mi visión propia los relatos ajenos, que serán muchos y muy varios. Porque cuando un acontecimiento importante, de cualquier índole que sea, tiene lugar en el mundo, su eco dura largamente. Primero llegan las noticias de las agencias, sus informaciones y sus fotografías al «flash»; después los reportajes de los enviados especiales, ya palidecida la rabiosa actualidad de los primeros instantes, las revistas extranjeras que dan ahora, desde los puestos de periódicos, la sensación de que sea nuestra ciudad mas poliglota de lo que creíamos; a continuación, los documentales cinematográficos, y así, días y días, hasta que nuevos hechos van arrancando al anterior su atractivo colorido y mordiéndolo y descarrillándolo y marchitándolo... Hay algunos, sin embargo, que no mueren del todo y que legan, incluso, al que fué no más que testigo de ellos, una especie de aureola. Aún anda gente por ahí que, sólo debido al hecho de haber asistido al famoso baile del millonario Beistegui en Venecia, entiende que le corresponde la derecha de la dueña de la casa en los almuerzos, y reeditan, aunque sea a trasmano, su estereotipado relato de la fiesta... Lo que va a pasar en Londres en estos días es, claro, muy distinto de lo que pasó en la ciudad de los canales. Porque *todo aquello de Venecia*, era mentira y todo esto de Londres, será verdadero: porque aquello era un capricho de hombre adinerado y *frívolo*, y esto de Londres es algo muy serio y muy hondo y muy solemne.

Una alcurniosa dama rumana *que debe estar entrando en Londres* por distinta puerta que nosotros, pero en el mismo día, con dos de sus nietecitos, ha justificado así su viaje: «Hay que cuidar el recuerdo que se deja a los niños...» Yo no es que me preocupe, hombre más que maduro ya, de *la cosecha de mi vejez*, de aprovisionar temas de chimenea y pantuflas, no. Yo es que me doy cuenta de que, normalmente, y por ley natural, ésta es la última de las grandes ceremonias de ese estilo de las que puedo ser espectador. Los hombres de mi promoción hemos enterrado, cuando apenas balbuceábamos, a Eduardo VII; jóvenes ya a Jorge V (Eduardo VIII se puso en «offside») y a Jorge VI. Esta muchacha de veintiséis años que dentro de unas horas será ungida en la abadía de Westminster, debe, salvo que esa ley natural se quiebre arbitrariamente, enterrarme a mí. Una vez mas desfilará el día 2 por las calles londinenses la policroma y severa cabalgata de las coronaciones. Será, sí, la postrera de mi vida. No me he podido resistir a la tentación de contemplarla y héme aquí, después de volar unos minutos sobre el verde esmeralda de la campiña inglesa, viviendo ese momento divino en el que las ruedas del avión hacen contacto sobre las asfaltadas pistas, en el que dejamos de jugar a pájaros y, bípedos implumes, retornamos a nuestro habitual elemento, la madre Tierra. Aquí estoy ya, ante los aduaneros y los zahoríes de divisas, que con indulgencia nos sonríen. A punto ya de enfilar la carretera, camino de Londres...

¡VIENE DE LA CORONACION!

No se forme usted mala idea de mí, no se crea que he abandonado irresponsablemente mi trabajo... Por el zaragozano paseo de la Independencia, cuando allí tocaba la banda, vi yo cruzar a un enchisterado señor del que me advirtió mi padre: «Viene de la coronación del rey de Inglaterra...» Era 1911. ¡Cómo admiré yo a aquel señor! ¿Cree usted —manes de Freud— que ése ha sido el ideal secreto de mi vida, ser señalado el día de mañana a los chiquillos del Retiro con las mismas palabras? Cualquiera sabe dónde y cómo se forman las raíces de nuestras decisiones...

Sirvan estas líneas de excusa por la actitud casi anárquica con que he abandonado mis tareas cotidianas. Las supliré con éstas de narrar lo que veo a quienes no aburra demasiado leerme. Y usted, entre tanto, mi buena y sufrida colaboradora, dé vagas noticias mías a quienes le pregunten por mí. Y limítese a guardar *el orden sobre mi mesa* sin mezclar los dos grandes cartapacios que la limitan: ya sabe, el de la derecha, con mis expedientes de *abogado, aquéllos que he de despachar* teniendo a la vista los precedentes; y el de la izquierda, con mis comedias, aquéllas a las *que he de dar remate*, huyéndolos.

Un saludo de,

JOAQUIN CALVO SOTELO